

## SANGRE Y MAS SANGRE EN EL SALVADOR



Otra vez disparos y balas por las calles centrales de San Salvador. Otra vez muertos abatidos por los G-3 de la Guardia Nacional. Otra vez la historia de siempre: los cuerpos de seguridad, al ser provocados, disparan y matan y hieren no a los provocadores sino a ciudadanos indefensos. ¿Para qué disparan, entonces, si sus víctimas van a ser inocentes y no los provocadores? Cientos y ~~ix~~ cientos de ~~ex~~ sencillos peatones y de vendedores ambulantes corriendo despavoridos; atasco de buses y carros... De nuevo el terror cabalgando por las calles capitalinas.

Fuera de toda explicación coyuntural, si apartamos todo el tupido follaje que encubre esta y otras acciones semejantes, nos encontramos con una cruda realidad. No disminuye para nada la tensión y la violencia, no disminuye para nada la sangre y las muertes, no disminuye para nada el terror y la angustia nacionales.

El Gobierno se ha empeñado en que desapareciera esta situación o, al menos, en que disminuyera su gravedad. Ha gastado miles de balas en ello, ha ocasionado cientos de muertes para lograrlo. Ha declarado estados de sitio, ha promulgado Leyes de seguridad y orden público, ha hecho operativos militares, ha disuadido manifestaciones a tiros; ha hecho todo lo que se puede hacer en el camino de la represión y de la fuerza. También ha intentado subir los salarios, aumentar los impuestos, preparar elecciones. Finalmente ha montado gigantescas campañas publicitarias contra el terrorismo, contra la insurrección, contra las organizaciones populares... ¿Con qué resultado? Con resultado contraproducente. Cada día aumenta la tasa de los muertos y cada día se acrecienta el número de quienes le ~~pañan~~ ~~pañan~~ cara al Gobierno y le hacen resistencia. El Gobierno ha fracasado totalmente en su labor de pacificación del país y ya no digamos en su propósito de buscar bienestar para todos. Nunca tuvo la capacidad para diagnosticar la situación



y mucho menos la capacidad para resolver realmente las causas profundas y masivas de esa situación.

Dada por una parte la gravedad de la situación y considerada por otra la tremenda reserva de descontento y aun desesperación, que invade a cientos de miles de salvadoreños, no se puede esperar que por el camino de la represión se acalle el hambre, la rabia y el deseo de cambiar las cosas. Parecería que el grito de las multitudes es aquí "revolución o muerte", pero no en el sentido usual de este lema sino en el sentido de que los deseesperados por una situación sinsalida, por una situación de angustia, de persecución y hostigamiento, de hambre y falta de trabajo, no les queda por elegir sino entre la muerte que les espera o el dedicarse a propiciar cambios radicales. Por muchos de estos que maten, nunca podrán evitar que se presenten muchos más a llenar las filas vacías. Es posible que cuando comenzó Romero su Gobierno las organizaciones populares no contaran con más de cincuenta mil hombres y mujeres; hoy serán más de cien mil. Es posible que en esos dos años los guerrilleros hayan aumentado de cuatrocientos a dos mil. ¿De qué han servido entonces el que en esos mismos dos años se haya dado muerte a más de mil personas?

Lo trágico es que para salir de este torbellino el Gobierno no cuenta ni con la capacidad ni con la credibilidad suficientes. Mayor represión causará sin duda mayor reacción dentro y fuera del país. Nuevos cambios del tipo al que nos tiene acostumbrados no convencen a nadie de la oposición, ya no digamos a las organizaciones populares. El foro nacional acabó en fracaso. Cada vez son más los que mueren inocentemente 'por casualidad' como decía cínicamente uno de los rotativos nacionales. Y así vamos camino de la guerra civil declarada y violentísima hasta que encontremos como escapar de este círculo de muerte. La oposición ha dicho cómo, pero el Gobierno no quiere escuchar a la oposición. Así le va.